

lud? ¿No queréis publicar con las obras eso mismo que creéis y afirmáis de palabra? ¿No os llena de rubor el veros comparados con ese pueblo ingrato y deicida? ¿Aún queréis continuar por mas tiempo siendo el triste objeto de las reconvenciones de Jesucristo? Eh! confesád de buena fe, y no solo con los labios, que toda la ley, todos los preceptos, todos los juicios del Señor son la misma verdad, que no habéis conocido en el tiempo desgraciado de vuestra desarreglada vida. Salid de una vez para siempre de ese funesto letargo, en que os tienen adormecidos las pasiones, y no consintáis veros confundidos, y ser tratados acaso con mas severidad que aquel infortunado pueblo, que por su obstinacion y pertinacia incurrió en el mayor de los males, en el abandono del Dios de las misericordias. Sean vuestras obras y las de todos los que nos preciamos de cristianos, el testimonio mas auténtico de nuestra fe, si queremos gozar un dia el galardón eterno que nos tiene prometido el Dios de la verdad. Amen.

SERMON.

NO SE DEBE MENTIR NI LISONJEAR.

PARA LA DOMINICA DE PASION.

(DE CLIMENT.)

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?

Si os digo la verdad, porque no me creéis?

S. Joan, c. 8. v. 46.

Todas las veces que la majestad de Cristo predicó á los judíos, pudo hacerles esta misma pregunta, que, segun nos refiere san Juan, les hizo estando con ellos en el Templo: si os digo la verdad, por qué no me creéis? pues siempre les dijo la verdad, y casi siempre dejaron de creerle. Pero parece, que en esta ocasion con alguna mayor propiedad hizo el Señor semejante reconvencion ó pregunta, despues de haber plenamente justificado su inocencia. Porque inmediatamente ántes dijo á los mismos judíos: ¿quién de vosotros se atreverá á objetarme algun pecado? *Quis ex vobis arguet me de peccato?* que fué como decirles: tengo en mi abono el testimonio del eterno Padre, que me declaró Hijo suyo, el testimonio del Bautista, que me señaló Cordero immaculado, y el testimonio de las estupendas maravillas que obro; y sin embargo, para que se vea mas patente ni inocencia, y la verdad de mi doctrina, me sujeto á vuestro inicuo tribunal. Aunque sois mis enemigos, estoy tan asegurado de la justicia que me asiste, que no os recuso jueces, y os admito por testigos. Ea, tomádmé residencia, hacédmé cargos; salga el mas lince, astuto y malicioso, averigüe, y luego diga, qué accion he cometido contra la ley? qué palabra he proferido contra la verdad? *Quis ex vobis arguet*

me de peccato? Ninguno de vosotros me acusa? ¿ninguno me condena reo del menor pecado, ni de la mas leve mentira? Pues por qué no me creéis? *Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* Nadie, decia Orígenes (1), puede hablar de sí mismo con igual confianza, siendo todos los hombres por nuestra naturaleza pecadores, y, segun la expresion del real Profeta, mentirosos (2). Solo Dios es esencialmente bueno, y por consiguiente veraz, y digno de ser creído en todo lo que dice. Habiendo pues probado Cristo Señor nuestro su divina inocencia con el silencioso testimonio de los judíos, los convenció de que era infalible su doctrina é injusta la incredulidad de ellos. De ahí, señores, sin violencia, y en cumplimiento de un precepto, que entiendo me obliga, tomo motivo para explicaros la fe con que debemos creer lo que Dios ha dicho ó revelado. Es pues la fe una virtud teologal y divina, porque tiene á Dios por objeto, siendo su ser y sus atributos lo que principalmente creemos. Es sobrenatural é infusa, porque no pudiendo nosotros adquirirla con las fuerzas naturales, Dios graciosa y liberalmente la infunde y comunica á nuestros entendimientos. Es la primera en el orden entre las virtudes teologales, el principio, el fundamento de la vida cristiana, sin la cual es imposible agradar á Dios. Finalmente es la fe una virtud, que nos mueve á creer lo que Dios ha revelado y la Iglesia nos propone como revelado.

Segun esto hay una gran diferencia entre la fe humana y la fe divina, porque la fe humana, con que creemos lo que los hombres nos dicen ó nos dejaron escrito, es falible, siendo ellos, como son, capaces de engañarse y de engañarnos. Pero la fe divina, con que creemos lo que Dios ha revelado, es infalible, no pudiendo el Señor, infinitamente sabio, engañarse, ni engañarnos, siendo infinitamente bueno. De suerte que es mas cierto lo que Dios ha revelado, por ejemplo, la unidad de su esencia y la trinidad de sus personas, que no el que somos hombres; porque el testimonio ó dicho de Dios es mas firme y me hace mas fuerza que todas las experimentales convincentes razones de que somos hombres. Es verdad que lo que Dios ha revelado, no es evidente, ni podemos conocerlo con la claridad con que conocemos las cosas naturales, siendo la oscuridad atri-

(1) *Orig. in præs. cap.* (2) *Psalm. 115. v. 2.*

buto de la fe con que lo creemos; pero la falta de evidencia no disminuye la certeza. Mas cierto es lo revelado que lo mas evidente.

La noticia de las verdades reveladas la tenemos por medio de la sagrada Escritura y de la tradicion, porque Dios inspiró á los profetas, á los evangelistas y á otros varones justos muchas verdades, para que las escribieran; y Cristo Señor nuestro manifestó algunas á sus apóstoles, para que de palabra las enseñaran á los fieles, y así se difundieran en la Iglesia. Todas las verdades que se contienen en la sagrada Escritura ó se conservan por tradicion apostólica, son muy provechosas, segun decia san Pablo (1); pero no todas debéis creerlas con una fe explícita, esto es, con distincion, y con un conocimiento individual de cada una de ellas, porque basta que las creáis con una fe implícita, esto es, que creáis en general ser cierto todo lo que Dios ha revelado, con la preparacion del ánimo á creer determinada y distintamente cualquiera verdad, que os conste que es revelada, como sucede respecto de los artículos del Símbolo de los apóstoles, de los preceptos del decálogo, de los sacramentos y de la Oracion dominical, que es como un compendio de la doctrina cristiana. Porque os consta, que Dios reveló los artículos del Credo, impuso los diez preceptos, instituyó los sacramentos y enseñó la oracion del Padre nuestro. Todo esto pues debéis creer con fe explícita, no contentándoos con tomarlo de memoria, sino procurando entenderlo del mejor modo que os sea posible segun vuestra capacidad.

Ciertamente es culpable y pernicioso el descuido, que muchos tenéis de instruiros en lo que debéis saber como cristianos, porque tal vez seréis muy sabios en filosofía, en matemáticas, medicina, jurisprudencia é historia; emplearéis muchos ratos en leer libros de novelas nocivos ó inútiles, y os daréis por satisfechos con una idea superficial de nuestra Religion, que adquiristeis cuando niños por un corto catecismo, bueno para niños. Qué lastima! ¿cuál será la causa de este descuido? Será lo que se dice de la fe del carbonero? Y porque le baste al carbonero por su rudeza un limitado conocimiento de la doctrina cristiana, ¿os bastará acaso á vosotros, que sois mas capaces y mas ilustrados? ¿Será la causa el miedo de caer en algun error

(1) *I. ad Tim. c. 3. v. 16.*

con el estudio de nuestra Religion? No hay que temer, porque no es nuestra Religion, como la de los gentiles, que estribaba en las fábulas, que fingieron los poetas de sus falsos dioses; pues tiene por fundamento el testimonio de los profetas y de los apóstoles, unidos entre sí con la piedra angular Cristo Señor nuestro. De modo que cuanto mas ahondéis con la meditación, tanto mas descubriréis su firmeza y os fortaleceréis en la fe. Singularmente cuando yo no pretendo, que todos indistintamente leáis los libros de controversias, que en otros países trabajan y dan á luz varones eminentes en virtud y sabiduría para defender los dogmas católicos contra los herejes: solamente deseo y os ruego, que leáis la *Explicacion del simbolo de la Fe*, el *Memorial de la vida cristiana* y la *Guia de pecadores*, que escribió en lengua vulgar el venerable Fr. Luis de Granada, para que todos los españoles pudieran aprender los principios y consecuencias de la mas sublime ciencia cristiana.

Aprovecháos, señores, del trabajo de este gran maestro de espíritu y de la verdadera elocuencia, que al mismo tiempo que deleita, instruye y persuade la virtud. No tengáis miedo de caer en el error, dirigiéndoos la guia mas segura. Sin duda será la causa de vuestra vergonzosa ignorancia la tibieza, la flojedad y el demonio, que habiendo endurecido el corazon de los judíos, para que no creyeran lo que les decia Jesucristo, cierra vuestros oídos, para que no oigáis, y vuestros ojos para que no leáis la mas saludable doctrina. Bien pudiera pues reprenderos por esta parte, sin desviarme del Evangelio; porque no son ménos culpables los cristianos ignorantes, que los judíos incrédulos. Mas persuadido de que os he dado bastante luz para vuestro desengaño, pienso esta mañana exhortaros á que no digáis mentiras, y á que digáis verdad; porque infundir en nuestros corazones el amor de la verdad, fué el principal asunto, que se propuso Jesucristo en nuestro Evangelio. Juzgo que es de suma importancia, y os pido que me oigáis con atencion.

PRIMERA PARTE.

Aunque el demonio se complace en todos los pecados de los hombres, como quien envidioso de nuestra dicha quiere que por todos los medios posibles seamos compañeros de su desgra-

cia; no obstante le merece especial cariño la mentira. Porque inmediatamente despues de su creacion se agradó de la mentira, aborreció la verdad, ó, segun se explica Jesucristo en nuestro Evangelio, no permaneció en ella: *In veritate non stetit*. Ingrato á los beneficios que Dios acababa de hacerle, produciéndole la mas noble y excelente entre las criaturas, se mintió ó fingió igual á su Criador, rebelde le negó la obediencia, y cayó de la mas alta cumbre de la felicidad al mas profundo abismo de la miseria, con asombro del profeta Isaías, que atónito pregunta: cómo caíste, Luzbel, hermoso lucero de la mañana? (1) *Quomodo cecidisti de coelo, Lucifer, qui mane oriebaris?* Pero no escarmentó con el castigo, ni es capaz de enmienda el demonio, pues no pasaron muchos dias hasta que se introdujo en el Paraíso, y disfrazado de culebra, engañó á nuestros primeros padres, diciéndoles, que si comian de la fruta del árbol prohibido, serian como unos dioses perfectamente sabios; con lo cual logró quitarles la vida de la gracia original, y con ellos á todo el género humano, granjeándose el nombre de homicida que le da el Señor: *Ille homicida erat ab initio* (2).

Como le salió tan bien la primera mentira, no ha cesado el demonio desde entónces hasta ahora de valerse de ella para engañar á los hombres. Engañó á los idólatras, induciéndolos á que adoraran á los troncos y á los mármoles, ó por mejor decir, á él mismo en aquellos simulacros: engañó muchas veces á los Israelitas apartándolos del culto del verdadero Dios: engañó entre los cristianos á los herejes, sugiriéndoles falaces argumentos contra la verdad, como de sí mismo confiesa Lutero con horror é ignominia de sus secuaces. Por eso san Pablo llamó á las herejías doctrinas diabólicas (3). Y por lo mismo nuestro divino Maestro, considerando que el demonio inventó la mentira y la conserva en el mundo, le llamó padre de la mentira: *Mendax est et pater mendacii*.

Qué infame y villano origen tiene la mentira! Y ¿habrá entre los cristianos, que reciben en el bautismo el honor de hijos de Dios, quien ame á la mentira, hija del demonio? Pluguiera á Dios no hubiera tantos, como ponderan los santos Padres, contemplando desterrada del mundo á la verdad. Y por poca reflexion que hagamos, conoceremos fácilmente, que hay tan-

(1) *Isai. c. 14. v. 12.* (2) *Joann. c. 8. v. 44.* (3) *Ad Tim. c. 4.*

tas mentiras como pecados, faltando á la verdad todos los que pecan; porque ó no juzgan de las cosas como son en sí, ó no se conforman en sus obras con el recto dictámen de la razon. Por este motivo decimos, que la mentira trasciende á todas las especies de pecados, pues el pecado, segun la frase de la Escritura, significa mentira.

Pero dejemos á parte la mentira del corazon y de las obras, de que hablan los sagrados intérpretes en la exposicion de nuestro Evangelio, y contrayéndonos á la mentira de la lengua, oíganos cómo la define san Agustin (1) en el largo libro, que escribió contra ella, para que conociendo su fealdad, la aborrezcamos y amemos á la verdad. *Mentir*, dice el santo, *es enunciar lo falso con ánimo de engañar*. Y el angélico doctor santo Tomas (2), explicando estas palabras, advierte, que cuando decimos una cosa falsa con la inteligencia de que es verdadera, no mentimos, nos equivocamos; pero cuando decimos lo que es falso ó lo que es verdadero, con el conocimiento de ser falso mentimos; y si se añade la intencion de engañar, tiene su última maligna perfeccion la mentira.

Confieso, señores, que es comun y muy sabida, esta doctrina; pero no me ha parecido omitirla, así porque debo atender á la instruccion de todos mis oyentes, como para que reparando mejor en que son pocos los que dicen lo que sienten, os lamentéis con nuestro gran prelado santo Tomas de Villanueva, (3) de que es infinito el número de los que mienten. Mienten los avaros, para acrecentar sus caudales; mienten los lascivos, para lograr los torpes gustos que apetecen; mienten los ambiciosos, para adelantar su fortuna; mienten los vanos, para granjearse aplausos; mienten todos los pecadores é imitan al demonio, valiéndose de la mentira para conseguir sus depravados fines. Mienten unos por juego, y su mentira es jocosa: mienten otros para su provecho, y su mentira es oficiosa: mienten aquellos en daño de sus prójimos, y su mentira es perniciosa. Mienten muchos sin saber por qué, por costumbre tan arraigada en ellos, que no prometen, no cuentan cosa alguna, no hablan que no mientan.

Pues que no es pecado la mentira?—Cómo si es pecado,

(1) *Aug. lib. 4. de mend.* (2) *Th. 2. 2. q. 110. a. 1.*
(3) *Th. à Villan. Ser. Dom. 2.*

oyentes míos? contra la ley natural. Porque las palabras son por su naturaleza señales de los conceptos que tenemos en nuestra mente, al modo que las imágenes lo son de los originales; y así como los pintores pecan contra las reglas del arte, cuando sus imágenes no se asemejan á sus originales, así tambien cuando nuestras palabras no se conforman con nuestros pensamientos, pecamos contra su institucion y contra la razon natural. De ahí infiere santo Tomas (1), que por ningun título es lícito mentir, ni por divertir á nuestros amigos, ni por divertirnos, ni por librar de la muerte á nuestros prójimos, ni por librarnos á nosotros mismos, porque la mentira es intrínsecamente mala, y jamas se puede obrar mal, para que nos venga algun bien. Y así lo entendieron los gentiles con sola la luz natural, pues á mas de enseñarlo Aristóteles en su *Filosofia moral* (2), muchos griegos y romanos tuvieron tal respeto á la verdad, que ni por juego ni por conveniencia alguna faltaron á ella. Y solamente porque los farsantes se fingen otros de lo que son, se opusieron á las representaciones de teatro, temerosos de que sus paisanos no aprendiesen á ser dobles, disimulados y mentirosos.

Tan severos fueron los mismos infieles; y entre los cristianos, que somos discípulos de un Maestro, que es la verdad misma, y que en todo el discurso de su predicacion no hizo otro que exhortarnos al amor de la verdad, ¿entre los cristianos ha de tener abrigo la mentira? ¿ha de haber quien diga: una mentira leve qué mal hace?—Qué mal hace? Os quita el crédito, la estimacion y el derecho, que ántes teniais para ser creídos. Qué mal hace? Perturba la república, inquieta el ánimo, atormenta el juicio, que no sabe si habláis de veras ó de burlas, si decís verdad ó mentira, sucediéndonos, cuando tratamos con mentirosos, lo mismo que cuando andamos por un camino resbaladizo y escabroso. Qué mal hace? preguntáis. Hace á Dios una injuria, y á vuestras almas un mal, que parece irreparable, pues rara ó ninguna vez vemos, que se enmienden los mentirosos. Con este conocimiento, padres y madres de familias, no sufráis, que vuestros hijos en sus primeros años se habitúen á decir mentiras: castigádoslos con rigor, y perdonadles una y mil veces cualquier falta, como ingenuos y veraces la confiesen.

(1) *Q. cit. a. 3.* (2) *Arist. 4. Ethic. c. 7.*